

# Lenar "Calavera"

**REBECA BECERRA**

I

Le costaba mucho trabajo aprender sus nombres, San Eulogio, Santa Catarina, San Pancracio, la cabeza se le hacía un enredo. Le gustaban los nombres simples que pudiera manejar con facilidad, pero esta vez no vino a leer sus nombres, ni ver sus caras de lamentaciones y sufrimientos, vino a ver que día era. Levantó una por una las hojas del calendario, a cada mes un santo diferente.

–Marzo, abril, mayo, junio, julio– se detuvo cuidadosamente.

–Veinte, veinte de julio– se dijo así mismo en voz alta –por eso tanta insistencia de los muchachos.

Pero cómo se le había olvidado ese día tan importante, ese día que todos los años esperaba con tanta desesperación, desperdiciando el tiempo jugando potra con sus amigos, haciendo mandados a los buenos vecinos, escuchando música en el radio de la abuela. Soltó el calendario, los santos quedaron bailando en medio de una ola de viento que produjo al salir corriendo. Cuando pasó por el jardín su abuela ya se había levantado. Eran las seis de la mañana. Hincada en medio de los geranios y las margaritas que ella misma había plantado, se flagelaba la espalda con el grueso lazo de San Francisco, frente a una cruz de madera que había enterrado para rezar y purgar sus pecados. Él no la quiso distraer, sabía que se molestaría, así es que pasó cuidadosamente. Abrió el portón de madera, a lo lejos la calle apareció como un trozo de cielo caído, aún la neblina no se había elevado, al contrario bajaba de los cerros para cubrir como una peste las casas de los alrededores. Gorda y sus demás amigos aparecían y desaparecían como fantasmas en medio de la calle, casi no los podía distinguir bien, pero de antemano sabía que eran ellos. Cerró el portón con mucho cuidado y avanzó por en medio de la calle, giró su cabeza hacia atrás, se aterró mucho cuando vio que su casa había desaparecido, la neblina se la había tragado por completo, de repente se vio envuelto en ella sin encontrar ninguna salida, comenzó a correr y correr de un lado

EL TRABAJO  
PERIODÍSTICO  
NO DEBE SER  
UNA PROFESIÓN  
DE ALTO RIESGO



DEL AÑO 2000  
A LA FECHA 18  
COMUNICADORES  
HAN SIDO  
ASESINADOS  
EN MÉXICO.

*La agresión contra  
periodistas y medios de  
comunicación se ha  
convertido en práctica  
cotidiana. México ocupa  
el primer lugar en  
América Latina en  
homicidios a periodistas.*

*Con gran preocupación,  
los diputados crean un  
grupo de trabajo que  
dará seguimiento y hará  
propuestas legislativas  
que garanticen la  
libertad de expresión.*

LIX LEGISLATURA

hacia otro pero el laberinto se hacía cada vez más complicado, sintió mucho miedo, estaba ciego y perturbado, el corazón le latía rápidamente, no podía respirar, estaba sofocado. De repente chocó con algo y cayó, palpó con sus manos el suelo hasta que se encontró con unas botas estilo militar, alguien lo agarró bruscamente del pelo y le hizo la cabeza hacia atrás, algo helado le tocó la sien derecha, después de una tremenda explosión calló nuevamente al suelo inconsciente, la sangre impregnó la neblina y comenzó a correr por los pequeños surcos que había dejado la última tormenta.

Siempre tenía esas visiones de muerte, que nadie se preocupó por interpretarlas.

Cuando volvió en sí se levantó del suelo y caminó nuevamente en medio de la neblina, esta vez podía ver sin dificultad las siluetas de sus amigos a lo lejos. Doña Pastora, la vecina, lo vio pasar porque husmeaba a través de la ventana. –Parece un muerto que va directo al cementerio– se dijo y peló bien los ojos para ver si no era el mismo demonio, luego se persignó en un santiamén y cerró la ventana.

–Están listos– preguntó Lenar con una voz hueca que le venía de lo más profundo de su esquelético cuerpo, aún temblaba, todos al unísono respondieron afirmativamente. A medida que se elevaba la neblina se iban descubriendo uno por uno los perfiles masculinos de sus amigos, fue entonces cuando se dio cuenta que había sido el último en llegar. Luego vio sus cuerpos rígidos por el frío del amanecer, todos vestían su ropa de invierno. Todos vestían los mismos abrigos y los mismos pantalones rotos y descoloridos por tanto uso año con año. Se conocían por los colores de la ropa desteñida cuando estaban a cierta distancia, pero también por los olores, cada uno se percibía diferente, cada uno era un animal de diferente especie, unos olían a madera, otros a humo, otros a masa, a agua, a aire, a noche, a excremento, excepto Lenar que olía a muerte, a esa muerte

que se nace y se vive con ella, a esa muerte escrita y proclamada, por eso sus amigos le llamaban Lenar “Calavera”.

Después de platicar un buen rato, de desperezarse y limpiarse los ojos, decidieron subir a El Higo, una loma de donde se divisaba todo el barrio. Le llamaban El Higo porque en su cima en medio de dos grandes rocas salía a la vida un gran árbol de higo, que un rayo hacía mucho tiempo atrás había partido en dos. Ahí pasaba Lenar horas enteras en solitario, lanzando sus pensamientos al vacío y sus sueños sobre los techos de teja y lata de las endeables casas. Cuando llegaron a la cima eran las siete de la mañana, el viento soplabla fuertemente y apenas se podían mantener en pie sobre las rocas, los alambres de alta tensión que cruzaban a El Higo sonaban como un coro de trompetas celestiales sobre sus cabezas cuando las agitaba el aire.

El veinte de julio era su cumpleaños, pero también era el día de la dignidad y la identidad nacional, el día que murió el gran héroe nacional Lempira. Su pecho se inflaba como un globo multicolor todos los años. Celebraba el día primero con sus amigos y luego con sus familiares si caía fin de semana, si era día normal lo celebraba primero en el colegio y luego con sus familiares.

–Cuéntanos Lenar– dijo El Sarco –sobre Lempira y luego nos vamos a meter a los túneles de la mina, donde están abandonados los esqueletos de los revoltosos nacionalistas y liberares, que dejó la última guerra civil.

–Lempira– dijo Lenar irguiendo su cuerpo –es el primer defensor de nuestra soberanía nacional, pero el traidor de Gil González Dávila cuando vio que no podía vencer la resistencia del Cacique, urdió una traición para aniquilarlo, y lo engañó proponiéndole pactar la paz. Él aceptó la propuesta. Pero el día en que se presentaron los traidores, uno de los hombres le disparó y nuestro héroe rodó por el peñón de El Congolón sin pronunciar ni una sola palabra, cayó donde nadie ha podido encontrarlo.

## II

–Váyanse ustedes donde su tía, si lo encuentran díganle que se esconda por unos días, que no salga, que las cosas está muy feas, nosotros nos vamos a quedar aquí por si regresa.

Tenía la esperanza de que estuviera allá en la San Miguel, lo vi en sus ojos, en la expresión de su rostro, en el tono de sus palabras.

La casa estaba de luto, yo lo sabía perfectamente, creo que todos lo sabíamos, pero pretendimos ocultarlo, él nunca hacía estas cosas, desaparecer un día sin avisarle a mi madre, se preocupa mucho por ella. No era un velorio normal, faltaba el ataúd con el difunto sobre el cual desahogarse, faltaban las veladoras, los elegantes helechos, las flores de muerto que dan ese olor peculiar a cementerio, el pan con café, el olor a agua de florida que se unta con una bolita de algodón en las sienes, en las dos muñecas y en la nariz, los tahúres jugando a las cartas en los corredores o en los patios, carcajeándose por su triunfo, los amigos comentando como había sido en vida el difunto, me los imaginé cuchicheando en el corredor de la casa, asaltados por lo insólito que es a veces la vida.

–Era bueno el Lenar verda´ vos, te acordás cuando le ensartaste los dientes en la cabeza.

–Sí, me acuerdo, estábamos tan emocionados jugando al fútbol, pero no me los torció, mirá los tengo rectecitos.

–Hubiera sido un gran médico, pero se metió en política y eso le jodió la vida– dirían otros mientras se apeaban el sombrero de tule para saludar al cadáver.

Los niños asustados detrás de las faldas de sus madres llenos de curiosidad y de espanto. Los viejos, los viejos derramarían algunas lágrimas por el cariño que le tenían, recordarían la época de la navidad cuando él andaba de casa en casa construyendo los nacimientos, o cuando hacía en El Campito las alfombras de ase-

rrín con el altar el 3 de mayo Día de la Santa Cruz. El martillo con que clavaron a Nuestro Señor, era ahora el mismo con el que lo clavaban a la tierra bajo al espesa lluvia de julio.

A medida que bajaba la calle de la mano de mi hermana vi la neblina descender sobre las tejas de la vetusta casa, los árboles frutales de la abuela permanecían inertes, el tiempo se había detenido para nosotros.

–Se lo hartaron, se lo hartaron– gritó mi madre para que nosotros ya no la escucháramos.

## III

–Yo soy Trompetilla y desde niño me dedico a matar sapos comunistas y subversivos como vos. Primero te pongo la capucha y te la aprieto hasta que te cagues. Luego te meto un tubo por la boca que te llegue hasta el estómago y dejo que caminen miles de hormiguitas para que hagan su nidito de amor. Posteriormente te pongo toques eléctricos en los guevos y las tetas. Mañana te quiebro una pierna con el mismo martillo que he reventado cientos de sapos. Te guindo de los pulgares hasta que se te zafen y luego dejo volar mi imaginación.

Lenar permanecía en silencio tragándose el dolor que le inflaba el pecho y pensó en los globos multicolores. No delató a nadie, no pronunció ni una sola palabra. Recordó, entre el dolor y el delirio, a la abuela flagelándose al pie de la cruz de madera, a cada latigazo la sangre invadía el corpiño de manta y se le pegaba a la piel como otra piel. Por la salvación de la iglesia católica, por la salvación de las almas de mi familia, por mi alma, por mis pecados, por la desobediencia, por no haber ido a misa, por no rezar lo suficiente, por el amor de Dios ¡ya basta!

–También te voy a sacar los ojos, las uñas y a meter-te un palo en el culo hasta que aceptés que sos comunista. Te voy a extraer los dientes, las vísceras, a guindar de la boca con un gancho de carnicero, y finalmente te voy a ornar para que tu madre recoja tu cuero de chan-

cho, y yo seré libre. El General me condecorará por limpiar el país de subversivos y seré el Rector del Alma Mater. La hermenéutica y la mayéutica nunca me han fallado. Por qué no gritas ahora Patria o Muerte. Ahora, la patria nosotros nos la pasamos por los huevos y la muerte se la han clavado ustedes en la frente, como la estrellita del Ché.

-Yo no soy comunista- dijo Lenar ahogando casi sus palabras mientras un verdugo le pateaba el torso.

-Sos mi principal oponente y con eso me basta- contestó el Magnífico.

La voz de Lenar quedaba atrapada en cada una de las burbujas que producía cuando le introducían la cabeza en el agua.

#### IV

Nuevamente bajamos la calle todavía neblinada, julio aún no se había marchado, pero eran casi sus últimos días. Decidimos caminar, atravesamos todo el barrio, posteriormente bajamos la cuesta Lempira en honor a mi hermano, cruzamos el puente Soberanía Nacional. El río Grande serpenteaba bajo nuestros pies, en sus riberas las lavanderas apaleaban la ropa para sacar la mugre resistente, y en sus pozas los niños jugueteaban con los

primeros rayos de sol que filtraba el agua. Sin embargo sobre los sauces llorones los zopilotes amenazaban la última llama de esperanza que asomaba en mis pupilas. Atravesamos el mercado de Comayagüela, las voces de las vendedoras me provocaban vértigos, llevábamos el corazón como cáscara de aguacate, como un puñado de cilantro marchito y nadie se daba cuenta, la vida corría por las calles como el día anterior. Ninguno mencionó una sola palabra, sólo se escuchaba nuestra respiración que se iba ahogando poco a poco a medida que nos acercábamos. La calle principal del cementerio apareció de improviso, nos detuvimos en su boca para que nos tragara lentamente, los sauces llorones juntaban sus ramajes sobre nuestras cabezas, me hacían cosquillas con sus lágrimas. Luego apareció la fachada del edificio con su gran campanario que permanecía mudo como nuestros labios. Seis soldados custodiaban la entrada, hicimos otra parada frente a sus rostros, las bocas de los rifles tocaron las bocas de nuestros estómagos.

-Pasá vieja, ahí está tu hijo- dijo uno a mi madre que me llevaba de la mano. Dos de los soldados nos escoltaron hasta la morgue, adentro estaba fuertemente



Irene Arias

resguardado por muchos más que permanecían formados a los costados de la puerta. El cadáver también estaba custodiado, en el lado derecho estaba Trompetilla, vestía un traje azul marino, llevaba los zapatos de charol, reloj de oro en la muñeca y la insignia de Rector del Alma Mater en el pecho. Sus ojos se salían de las órbitas como los sapos, su pecho se inflaba y desinflaba lentamente a medida que nosotros avanzábamos, sus manos eran gordas y cortas, igual sus extremidades, y la boca de echo tenía la forma de una trompetilla ruidosa y oxidada, aprobé entonces el apodo que mi hermano le había dado, en ella se modelaba una burlesca sonrisa. Un soldado puyó a mi madre en el costado con el fusil para que reconociera a su hijo, ella se acercó templadamente, lo vio en detalle parte por parte, quitó de su cabeza el pañuelo blanco que llevaba, emblema de las madres de los desaparecidos y lo colocó en la cabeza tostada del cadáver. Los medios de comunicación que estaban ahí antes que nosotros llegáramos se arremolinaron a nuestro alrededor. Mi madre levantó su cabeza adolorida.

–Este no es mi hijo– dijo viendo a mi padre que se encontraba al otro lado del cadáver amenazado por la embocadura de otro fusil, y viéndonos también a nosotros, dándonos fuerza con la mirada. La sonrisa de Trompetilla se fue perdiendo lentamente de su rostro, los soldados se quedaron silenciosos, bajaron sus fusiles lentamente.

–Mi hijo tenía dientes firmes, los ojos de mi madre, el pelo lacio como el tuyo– y señaló uno de los soldados– la sonrisa de la esperanza en sus labios que eran los míos, las manos de mi padre, y el color de tu piel –y señaló al soldado que estaba a la par de Trompetilla. Todos erguimos la cabeza para salir del recinto, antes de emprender el camino miré nuevamente el cadáver, estaba sumamente consumido por el calor, pegado casi al fondo de la camilla donde se encontraba. El olor a que-

mado de la carne borró el olor del sudor de mi hermano, era la única forma en que yo podía reconocerlo.

–Usted se equivocó señor– le dijo mi madre a Trompetilla cuando pasó a su lado –Mi hijo no era el que buscaba para llegar al poder, ni este es mi hijo, él nos espera en casa. Pero usted si es el hombre que yo busco –Yo sentí un tirón de manos y cuando roté mi cabeza para ver a Trompetilla, los cachetes se le habían desinflado como sapo en celo, el cuchillo con el que cortábamos la comida en casa, ahora se había mudado a la panza de un sapo a la altura de mi pequeña cabeza. El hombre se orinó, en el charol de sus zapatos pude ver reflejado el orín que bajaba por sus pantalones hasta el suelo.

El sol ardía sobre nuestras cabezas que avanzaban de regreso a casa, mi pequeña memoria no podía comprender todo lo que pasaba, pero algo me decía que debía guardar silencio y caminar como lo hacían los demás, que el corazón de mi madre había hecho lo correcto y que lo haría otra vez por cualquiera de sus hijos o de sus hijas. Mi madre cambió de rumbo y dejamos de lado el puente Soberanía Nacional, tomamos la calle que conducía hacia donde se encontraba el vetusto edificio de la escuela Lempira, una de las primeras escuelas de varones. Las voces de los menores se dejaban llevar como agua por el pavimento y subían como enredaderas por nuestros pies.

–Feliz cumpleaños, hijo– dijo mi madre.

Eran las doce del medio día y mientras los doce cañonazos le hablaban a la patria desde el cerro Juan A. Laínez donde se encontraba el Monumento a La Paz, nuestros corazones también explotaban pero hacia adentro, en silencio.

–Que tu figura se incendie en la llama... –entonaban las voces de los niños.

–Vibre en el aire tu nombre sonoro– fue la última estrofa del himno a Lempira que entonamos al unísono y nuevamente nos acalló el silencio. ■